

Rabindranath Tagore

TÚ PONES LA
TORMENTA
Y YO LA NOCHE

POEMAS DEL GITANJALI



*Versión de Subbro Bandopadhyay
y Jesús Aguado*

Galaxia Gutenberg

Rabindranath Tagore

Tú pones la tormenta
y yo la noche

POEMAS DEL GITANJALI

Versión de Subhro Bandopadhyay
y Jesús Aguado

Galaxia Gutenberg

Edición al cuidado de Jordi Doce

Traducción del bengalí:
Subhro Bandopadhyay y Jesús Aguado

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: septiembre de 2025

© de la traducción y la introducción:
Subhro Bandopadhyay y Jesús Aguado, 2025
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2025
Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B 10780-2025
ISBN: 979-13-87605-12-4

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

EL GRAN ESCALOFRÍO DE SER OTRO

Poemas amorosos y de la naturaleza

[Para que yo te cante...]

Para que yo te cante me mantienes
en vela y me regalas más latidos
de los que caben en mi corazón.
Es de noche y los pájaros regresan
a sus nidos, las barcas a la orilla.
Pero mi cuerpo no regresa al sueño
porque sigue enredado en la memoria
del néctar de tus risas y tus lágrimas.
Para que yo te cante te mantienes
escondida detrás de mi tristeza.

[Cuando anoche...]

Cuando anoche me vino una canción,
ya no estabas conmigo. Cuando anoche
las palabras por fin se hicieron dóciles,
ya no estabas conmigo. Cuando anoche
purifiqué en el fuego mis silencios
y ofrecí en sacrificio mi inquietud
a la quietud, ya no estabas conmigo.
Ahora que es de día y que los pájaros
y flores resplandecen, la canción,
por mucho que mi mente haga un esfuerzo,
no encuentra sus palabras y al revés.

[Quizás no me recuerdes...]

Quizás no me recuerdes, pero canto
mis poemas delante de tu puerta.
Y no me desanimo y canto fuerte
y me alegro pensando en tu sonrisa
cuando salgas por fin para escucharme.
Quizás no me recuerdes, pero canto
hasta el anochecer estas locuras
con mi vina callada. Quizás no
me recuerdes ni yo tampoco a mí.

[En el nido vacío...]

En el nido vacío de mi mente
alguien incuba música robada.
Los jazmines suspiran y las nubes
escriben con sus sombras los secretos
de la serenidad. Y ya no sé
cómo se llega al sueño y a quién sirve.

[Te voy a regalar...]

Te voy a regalar una canción
que olvidarás muy pronto. Pero yo
no olvidaré las lágrimas que viertas
al escucharla en mí. Me marcharé
cuando terminen nuestros juegos. Tú
te entregarás a nuevos caminantes
y a cantos que también olvidarás.

[Recordad...]

Recordad que he cantado vuestras risas,
vuestros llantos caídos en la hierba.
Recordad que habéis sido indiferentes
a mis cantos eternos y a sus noches.
Recordadme en el bosque con mi lámpara
frágil y con mi barca rota. A mí,
que me dirijo a la otra orilla solo
y que he cantado el tiempo para nadie.

[Ha llegado la hora...]

Ha llegado la hora de partir.
A quiénes legaré lo que he compuesto,
la música del ser y sus palabras.
La armonía a las flores. A las nubes
sus notas cristalinas y doradas.
El ritmo a los amantes, que sabrán
cimbrear sus guirnaldas y sus párpados
con pasión. Y los versos al que sepa,
caminante silvestre, ver las flores
en sus blancos de aroma y de misterio.

[Cuando mi viejo canto...]

Cuando mi viejo canto vuelve a mí
le pregunto qué viento le ha traído,
en qué aroma de flores ha viajado,
cómo devolverá sus ilusiones
al que las ha perdido, sus hogares
al que los ha perdido, su unidad
al que anda separado de sí mismo.
Cuando mi viejo canto anida en mí
regreso a lo que he sido y ya no lloro
y también a una paz que sigue viva.

[En el cielo...]

En el cielo una flauta azul. Por qué
estoy sentado en un lugar vacío.
En el jardín los brotes rompen nudos
y sus flores aprenden a bailar.
Acaricia el rocío hombres y plantas.
Con la vista perdida y enredada
en el telar de sombras y de luces
que atrapa los jazmines y su olor,
busco en mí la armonía en lo que existe.

[De quién es esta vina...]

De quién es esta vina que abre el loto
y el corazón de un solitario al alba.
De quién es esta vina que hace miel
y hace temblar los cuerpos y despierta
los tres mundos en uno y nos invita
a respirar profundo lo que somos.

[La bóveda del mundo...]

La bóveda del mundo se tensa y se hace oscura
y las diez direcciones se ahondan en el sueño
y la selva es un puro terror de piedras altas.
El horizonte, inquieto, ignora qué será.
La noche cada vez se hace más noche, el miedo
instruye a sus relámpagos a perseguir a jóvenes
despavoridas que corren huyendo de ellos.
Tirita el horizonte. La bóveda del mundo
destella y en segundos regresa a su tiniebla.
La oscuridad se duerme cuando rugen las nubes
y un vendaval de truenos se precipita en ella.

[En el monzón...]

En el monzón los días se diluyen
y la lluvia no cesa de caer.
Estoy solo en mi cuarto y no me atrevo
a pensar y no sé lo que le cuenta
el viento trasudado a los jazmines.
Mi corazón naufraga en el aroma
de las flores silvestres. No respiro:
el aliento vital se torna en lágrimas.
No sé cómo acertar en mí esta noche.
No sé cómo olvidar lo que se olvida.

[Se acaba el día...]

Se acaba el día dentro de la lluvia
y dentro de la nube inacabable.
Mi corazón rebosa sombra y bosque.
La grave melodía pauta el cielo.
Soy un hombre lejano que se embosca
en esta oscuridad para entregarse
a la ambrosía de una unión secreta.
La guirnalda en mi cuello me delata.
Soy un hombre lejano de sí mismo
que no se reconoce al caminar.

[Con la cara cubierta...]

Con la cara cubierta escruto la tiniebla.
Quién eres tú, viajero que en mi patio descansas.
Las estrellas han sido devoradas por nubes.
La lluvia se confunde con el agua del río.
El vendaval consigue que las palmeras hablen.
Mis palabras más íntimas se precipitan fuera.
Una promesa me ata que cortaré esta noche
pues ya está bien de excusas y llantos: ahora sí,
viajero que en mi patio descansas, seré tuya.

[Hombre...]

Hombre, de qué te has liberado. Quédate
en la linde del campo con tu ropa
azul oscuro. Tus banderas ondea
al este y al oeste y tus timbales
retumben en el cielo victoriosos.
Las hojas de palmeras embriagadas
y los bosques de sal estremecidos.
El cielo es perseguido por el cielo
y las nubes se van deshilachando
cuando son arañadas por los bosques.
Quién ha puesto a temblar un río en mí.

[Los bosques se ensombrecen...]

Los bosques se ensombrecen y las nubes
retumban y no sé cuándo se ha abierto
(secretos del monzón) la flor dorada.
Con tu barca pequeña vas al río
y te dejas llevar por la corriente.
La miel del corazón has protegido,
consejo de tu mente, con espinas
por miedo a aquel con quien saliste a unirte.
Al recibir te escondes de ti mismo.
De ti mismo te escondes cuando das.

[Permite que se marchen...]

Permite que se marchen los que quieran.
Pero tú no te vayas, no te vayas.
Aún no ha terminado la canción
de la lluvia y las puertas de las casas
se cierran a la noche. Estamos solos.
Y un delirio de bosques y de ráfagas
ha acertado a apagar todas las velas.
Que en tu muñeca suene un brazalete
(igual que suena la lluvia en el río)
al ritmo de mi canto, de mi canto.